

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

# LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

### AVISO IMPORTANTE.

Conforme á lo ofrecido, se han repartido el tomo 2.<sup>o</sup> de la *Revolucion francesa* por Thiers, y el 4.<sup>o</sup> de los *Misterios de París*, pertenecientes á la *Biblioteca popular*. Tambien se han repartido á los suscritores respectivos, los tomos de la *España caballeresca*, y la entrega 1.<sup>a</sup> de la *España geográfica*. Suplicamos á los correspondientes no demoren remesar las listas de los que quieran recibir esta obra, para que puedan disfrutar las grandes ventajas ofrecidas á los que la ganaron antes de la publicacion de la entrega 5.<sup>a</sup> Queda repartido igualmente el número del *Museo* perteneciente al mes de mayo.

### HISTORIA DE SUIZA.

### ADELAIDA DE SARGANS,

BARONESA DE WART.

(Conclusion).

III.

En efecto que Adelaida estaba sentenciada y debia haber sucumbido sepultada en su calabozo; pero sus amigas del valle de Frontigue eran mujeres demasiado generosas para economizar su consuelo y apoyo; en el apurado trance de afliccion que abrumaba á la hermosa castellana. Matilde de Stauffer (4) empleó la seducción en todas sus formas para conseguir el penetrar en el encierro de la baronesa, y por fin lograron sus esfuerzos que le prometieran los centinelas hacer la *vista gorda*

(4) Esta Matilde fué la mujer de Stauffer, que con Metcal, Furst y Guillermo Tell, fundaron la libertad de Suiza cuando la insurreccion de los cantones, en tiempo del reinado de Alberto, primer hijo de Rodolfo de Habsbourg, vástago y fundador de la dinastia actual de Austria.

para sacarla de él por una poterna abandonada. Al entrar en el calabozo creyó la compasiva helveciana haber perdido el tiempo, porque halló el cuerpo de su amiga tendido en el suelo y tan frio que le creyó al pronto privado de vida; mas despues los cuidados y el llanto de la amistad que regaba aquella planta marchita, reanimaron su existencia quebrantada; pero no su razon que estaba enteramente alterada. La generosa Matilde consiguió despues en su amiga cierta especie de instinto; pero en sustancia no era mas que una desdichada insensata la que acogió en el hospitalario valle de Frontigue.

Durante mas de tres dias, vivió Adelaida en un estado casi precursor de la muerte. Estaba siempre sumergida en un letargo de que no eran bastante poderosos á arcanarla el hablar y proferir los nombres de las personas que mas adoracion le producian. Tenia suspensas todas las facultades de su vida. A todo permanecía insensible... En fin al cuarto dia, se despertó como asustada despues de un profundo sueño, é incorporándose en su lecho llamó á su amiga; sus ojos no miraban con extravio, pero estaban hundidos y como abrasados; el acento de su voz era en extremo débil; poco á poco reconoció el lugar en que se hallaba y comprendiendo cuanto debia á Matilde, la apretó la mano.

—No es un sueño? dijo estremeeciéndose á la impresion de un doloroso recuerdo, todo lo que ha pasado en Uspona es cierto...? Fué ayer... y sin embargo me parece que han pasado ya tantos dias... Solamente desde ayer...

—Perdonad, señora, dijo Matilde; pero no es solamente desde ayer desde cuando cuento los momentos de tener la fortuna de abrigaros bajo mi techo y con entera seguridad... Hace de esto ya cuatro dias, porque fué el domingo siguiente á la Natividad de la Virgen, y...

Adelaida lanzó un grito y se precipitó fuera de su lecho á pesar de los esfuerzos de su amiga y de sus doncellas.

—¿Cuando habeis dicho? exclamó con el mayor espanto. ¿Qué dia habeis dicho?

—El domingo siguiente á la Natividad de la Virgen, repitió Matilde temblando, porque la fisonomia de la baronesa habia adquirido una expresion estrañamente singular. Adelaida cayó de rodillas.

— ¡Oh Dios mío...! Después de la *Natividad* de la Virgen (1)

¡Oh Rodolfo! ¡Rodolfo! y juntando sus manos pasó con gran fervor un prolongado espacio de tiempo; en seguida se dirigió á una ventana y miró á lo más lejos que se descubría de los valles aun envueltos con las nieblas de la mañana, añadió:

— Aun no es tarde...! Ahora comienza el sol á elevarse por detrás de la montaña... Ah! qué encantado está! Sin duda porque este día, debe ser día sangriento. Al mismo tiempo se estremeció, cerrándose sus ojos, y la palidez de la muerte cubría su frente. Matilde consiguió que volviera al pecho, pero cada vez tenía nuevas inquietudes. A la mitad del día quiso levantarse y probar á andar: entónces sonrió, y esta sonrisa de dos labios blancos como la nieve, desecados por el ardor de la fiebre y que no era mas que efecto de una desesperación profunda... aquella sonrisa tenía una expresión horrorosa.

— Matilde, dijo ella, ahora me encuentro bien; tráeme á mi hijo... para que le abraze aun una vez antes de abandonarle, porque tengo que ir á buscar á su padre... ¡hijo mío...! Pero es muy pequeño para que le abandone... y sin embargo...! Ah...! Rodolfo, Rodolfo...!

Al acabar de proferir estas palabras, cayó de rodillas y comenzó á orar; algunos momentos después se levantó y pidió de nuevo que le enseñasen su hijo... Matilde vaciló... y por último la dijo que dormía.

— Pues bien, no importa, le verá dormido, dijo Adelaida dando precipitada algunos pasos; mas su debilidad se oponía á su voluntad y cayó sobre una silla. En seguida con una impaciencia extraña á su carácter, exigió que le enseñasen su hijo, y Matilde entonces no hallando excusa ni pretexto que alegar, tuvo que decirle que Rodolfo había muerto la vispera.

— Muerto! exclamó la pobre madre... ¡mi hijo ha muerto! mi hijo! mi Rodolfo!

Y una expresión terrible que no puede comprenderse ni describirse, alteraba las facciones del rostro de Adelaida y revelaba el dolor de su materno corazón... Oprimita con sus ardorosas manos sus pechos como si quisiera dar aun de mamar á su hijo; pero al cabo de cuatro días que duraban estas horribles escenas, se habian desecado.

— ¡Mi pobre Rodolfo ha muerto! dijo al cabo de un rato y con el tono de una persona que comienza á consolarse ¡pero estará en el Cielo...! ¿No era un ángel? Dios lo ha hecho sin duda para su bien... pero... yo quiero verle...

Accediendo á este deseo le trajeron su hijo á quien la muerte no habia arrebatado su dulce sonrisa... Estaba pálido como el marfil, y al carmin

de sus mejillas habia reemplazado una tinta violeta. Adelaida le cogió en sus brazos y le apretaba convulsivamente contra su corazón que por un momento cesó de latir. Le besó en la frente, en los ojos, en sus labios que balbuceaban ya el nombre de su madre, que se estremecía ya al contacto glacial de la muerte con sus abrasadas labios. Todos sus miembros temblaban, pero no vertía una lágrima y miraba el cadáver de su hijo con enjuta mirada. Después dijo quería permanecer sola y acostarse otra vez; pero desconfiando Matilde de aquella silenciosa pena que no se desahogaba con llanto ni lamentos, no quiso dejarla sola. Todo el resto del día lo pasó á su lado con la solicitud de una madre, hasta que á media noche sucumbiendo al imperio de la naturaleza se quedó profundamente dormida. Entonces aprovechando Adelaida este instante de libertad, con la astucia que emplean los insensatos en ejecutar su voluntad, se levantó ella sola, así que vió dormida á Matilde, y sin sacorro de nadie se vistió algunas ropas y salió precipitadamente de la casa, para acudir en busca de la otra parte de su corazón cuya voz misteriosa le llamaba.

El temor de que la echáran pronto de menos y de que pudieran seguirla y alcanzarla, la hizo alejarse rápidamente de casa de su amiga; siendo casi incomprendible que encontrase en si misma aquella muger jóven, débil y enferma, fuerzas suficientes para una fuga instantánea, por sendas pedregosas, solitarias, casi salvajes y por las que solo podía guiarse el instinto de su alma... Cuando salió á la campiña brillaba tíbiamente la luna, alumbrando las floridas praderas que tanto encanto le habian causado en época no muy lejana recorriéndolas con su amado Rodolfo. Estos recuerdos arrancaron de su alma algunos gemidos y la hicieron templar algun tanto la velocidad de su paso; pero á poco volvió á continuar su caminata con la misma decisión con que la habia empezado, y solamente estava un momento parada concentrando todas sus ideas para acordarse de un nombre; y cuando lo recordó, miró á su alrededor buscando la senda que debia seguir... De pronto despues golpeó las palmas de sus manos una con otra y estendiendo su brazo hácia el norte, corrió en aquella dirección con el ardor de un jóven atleta que concurre á alcanzar un premio en la carrera, sin que la detuvieran los torrentes, los enlodados caminos, ni los bosques de zarzas y espinos. Sus delicados escarpines estaban ya completamente destrozados, y los pies que los calzaban brotando sangre por mil heridas. Al comenzar el nuevo día quedaron pasmados de terror algunos gayanes que encaminándose á sus labores del campo, vieron pasar por su lado rápida cual un luminoso rayo, aquella figura de muger jóven y hermosa, con los cabellos desordenados, flotándose mucho á merced del viento y con sus ricos vestidos bordados de oro hechos giras y manchados de lodo. Algunos al divisarla se hincaban de rodillas invocándola; mas la

(1) La reina de Hungría habia anunciado á Adelaida en su calabozo, que el domingo siguiente al día de la Natividad de la Virgen, comenzaría el soplido de Wari, y esto la ignoraba Matilde, porque la reina á nadie dio á la baronesa lo habia dicho.

baronesa no vela ni escuchaba mas que el acento de aquella lamentosa voz que la llamaba, y á cuyo llamamiento presurosa acudia.

Comenzaban á dorar los rayos del sol las agujas de los campanarios de la ciudad de Bala, cuando llegó Adelaida á tocar sus murallas, pareciendo entonces que su lacera se redoblaba. Una sola idea observaba todas las demas... y aunque conservando sobre si misma todo su imperio y manteniéndose al parecer con un sobrenatural alimento, se espesaba con gritos y lamentos preguntando por su Rodolfo á todos los que á su paso encontraba... Unos la miraban con piedad, otros se alejaban de ella con horror, pronunciando la palabra *Regicida*, y la desgraciada Adelaida no conseguia su deseo de espirar al lado de su esposo.

Incierta y desatentada vagaba por las calles de Bala, casi desiertas aun á tan temprana hora del dia, cuando á lo lejos divisó un aparato extraordinario situado en el centro de una plaza y que rodeaba una multitud silenciosa. Adelaida dirigió allí sus pasos, y cuando estuvo cerca oyó dolorosos lamentos y sordos gemidos de muerte. Al punto que escuchó aquellos apagados acentos reconoció la voz que los lanzaba, y á pesar de su fatiga y desesperacion, aún brilló en su frente un rayo de alegría. Atropelló con una fuerza irresistible todo lo que á su paso se oponia hasta llegar á arrodillarse junto al mutilado cuerpo de su marido, de Rodolfo que atado desde la víspera á la rueda regaba con su sangre aquel lugar. (1) Al escuchar el desgraciado de Wart la voz de su Adelaida, quiso hacer un movimiento para volver hacia ella su cabeza; pero no pudo porque todas sus coyunturas estaban desconcertadas. Oh! cuán grande era su padecimiento al contemplar aquel espectáculo! y sin embargo no vertia una lagrima, de rodillas junto al sangriento caballete pasó las últimas horas de la agonía de Rodolfo, hablándole del perdón de Dios... y de su grandísima misericordia... Humedecía los labios abrasados de la víctima, con agua, y parecia á su lado como el ángel descendido del cielo, encargado de la palabra divina, que es la del perdón, y tan sublime estaba en el ejercicio de su caridad y en su apasionado amor, que los mismos verdugos se compadecian de la víctima y de aquella muger tan hermosa y de virtud tan admirable. Aquel ser no pertenecía ya á la tierra; su alma iba en compañía de aquella otra alma que abordaba ya á los confines de la eternidad. Su mirada insensible y vaga para con todo lo que la rodeaba, adquiria su animacion cuando se fijaba en los ojos de Rodolfo que aunque sin aliento para lamentarse, conseguia con esfuerzo el encontrar su mirada.

(1) Todas las historias de aquel tiempo hablan de los horribles padecimientos del desgraciado barón de Wart. Yo he leído en distintas crónicas que duraron tres dias enteros y que en el último le asistió con sus consuelos su mujer Adelaida de Barzaga, que murió tambien algunas horas despues en Bala mismo.

Por fin al terminar la noche del tercer dia, espiró Rodolfo y cuando oyó Adelaida desprenderse del pecho del desgraciado su último suspiro, puso sobre su boca la suya como si aun quisiera descubrir un soplo de vida; pero todo él habia acabado... Entonces rezó largo tiempo... y despues se levantó... besó por una última vez los labios helados ya de su esposo, cerró sus parpados, y tomando un crucelijo para ella santificado con la sangre de la víctima, se alejó de aquel sitio; por que una última voluntad le imponia un deber sagrado... Adelaida no debia morir aun.

Cambiaba con paso incierto porque nadie habia curado aun las heridas de sus pies y porque hacia seis dias tambien que no habia tomado alimento. Apoyaba sus manos en las paredes e iba seguida de una multitud curiosa y cruel que no la hacia entender mas que palabras de anatema.

—Esa es la muger del regicida, hijo mío, decía una madre á un niño que lloraba al ver la trastornada figura de la baronesa... No te acerques á ella...

Adelaida que lo oyó, volvió su cabeza y mirándola con dulzura, murmuró algunas palabras de perdón para aquella incompasiva muger; mientras que reuniendo todo su esfuerzo salió fuera de las murallas de la ciudad.

A todos ocultaba ya la noche el camino que seguia... echó á su al rededor una mirada y no vió á nadie: estaba sola!... el cielo cubierto de nubes dejaba apenas esparricar á la luna al través de los vapores una triste y macilenta luz... Adelaida espirante y debil caía á cada paso sobre la húmeda yerba mirando á cada paso una aparicion terrible que temia y deseaba á la vez. De esta suerte anduvo una legua que la separaba del lugar á que queria llegar. Grandes trechos habia andado arrastrándose por el suelo; sus fuerzas declinaban de una manera notable... Ultimamente cayó desfallecida sobre las gradas de una cruz... Abrazóse y apoyó su frente en aquel signo de redencion, sonriendo de su próximo fin que debia reunirle con su Rodolfo... A poco oyó que interrumpian el silencio de la noche los tañidos de una campana, y los cánticos de muchas voces á la vez.

—¡Aquí est! ya estoy! murmuró con acento apagado... un esfuerzo mas, porque es la voluntad última de Rodolfo... y recobrando con esta idea un postrero soplo de energia, consiguió incorporarse un poco y llegar arrastrando hasta la puerta principal de un monasterio de que era abadesa una hermana de su esposo Rodolfo de Wart.

—Yo te dejo una pena que consolar, habia dicho á Adelaida, así como te encomiendo á tí, á sus cuidados.

Adelaida tiró de la cadena de la campanilla exterior, y cayó sin fuerza á los pies de la portera, no bien esta abrió la puerta. Fue inmediatamente á buscar á la abadesa, la que acudió creyendo iba á recibir á alguna peregrina; pero no á una hermana moribunda.

Isabel, dijo Adelaida al verla; soy la conductora de las últimas palabras de mi amado Rodolfo, de tu hermano... le han muerto, hermana mía.... le han asesinado....! y voy á reunirme con él. Adios, reza por su alma y por la mia.

Este sublime y santo martirio del amor, arrebató su alma traspasada.... ¡Pobre Adelaida....! no tuvo fuerzas ya para proferir una palabra que espresara sus padecimientos.... pero sus restos privados de razon y cubiertos de llagas, hablaban eloquentemente á su inconsolable hermana.

Algunos dias despues llegaron al monasterio tres diputados pidiendo de orden de la reina de Hungría, á la abadesa, el cuerpo de la baronesa de Wart. La reina; dijeron ellos, conmovida de sus desgracias y admirando su noble conducta, quiere erigirla un monumento que eternice su memoria en la iglesia del monasterio de *Honilys Felden*, que acaba de fundar.

La hermana de Rodolfo se negó fuertemente á acceder á los deseos de la reina; mas como insistiesen los diputados en cumplir su misión, la religiosa cuyo nombre ignoraban, les condujo á la iglesia, y les dijo:

—Soy hermana del desgraciado Rodolfo de Wart y con eso solo que sepáis, juzgaréis de mis intenciones respecto á obedecer á vuestra reina, y en cuanto al monumento que la ofrece, creo que su gloria no necesita de bronce ni de mármoles: he ahí el que yo he hecho construir y ese le basta. (1)

Y dirigiendo la atencion de los enviados de la reina hácia el coro de la iglesia, les señala con su brazo una simple y tosca losa, en que habia grabado.

ADELAIDA DE SARGANS,  
BARONESA DE WART.

*La duquesa de ABRANTES.*

## RUINAS DE PERSÉPOLIS.

Es muy curioso observar á cuan poca costa se adquiere á menudo gran nombradía, sin un gran mérito; sea de ello una prueba el famoso Tavernier, quien á su vuelta le ocurrió publicar la relacion de sus viajes, que solo emprendiera con un objeto puramente mercantil, y que visitó la Persia no como sabio ni como artista, sino en clase de negociante; y es muy desagradable hallar en la obra de un sugeto cuyo nombre es inmortal, pasages tales como el siguiente.

«Antes de describir á Schiraz hablaré de las famosas ruinas Tcheelminar ó Persépolis. Para ver

estas ruinas es necesario desviarse un poco á la izquierda del rio. Al pié de una montaña se ven varias columnas, unas en pié, pero la mayor parte arruinadas. Cierta dia fui á ver estas ruinas en compañía del señor Angel, holandés enviado de la compañía holandesa para dibujar el rey Abbas II. Empleó algunos dias en este dibujo, y despues de concluido confesó que habia empleado mal el tiempo, y que no valia la pena de apartarse un cuarto de hora del camino para ello.

«Al cabo no son mas que antiguas columnas rotas, esculturas de pésimo gusto, y estancias reducidas y oscuras.»

No es de admirar que Tavernier despues de hallar mal empleado el tiempo gastado en visitar las ruinas de Troya, no lo creyese mejor destinado á examinar las de Persépolis. No obstante, estos monumentos distan mucho de ser tan insignificantes y escasos como supone. Por fortuna otros viajeros han sido de diverso parecer, y Chardin, Kempter, Franklin, Niebuhr, y últimamente el inglés Ker-Porter, han visitado las ruinas de Persépolis, y nos han dado de ellas ernditas é interesantísimas descripciones, y en particular Ker-Porter nos ha suministrado grabados de una exactitud y perfeccion completas. De estos viajeros, pues, concienzudos y dignos de este nombre sacamos los pormenores que vamos á esponer relativos á las ruinas de la ciudad que fundó Djemehyd, el gran rey.

El llano en que estuvo edificada tiene de largo de 18 á 19 leguas, y de ancho 2, 3, y hasta 6: riégalo el rio Aras.

Los restos de Persépolis desde lejos presentan el aspecto de un anfiteatro, pues la montaña los abraza, siendo cóncava en forma de media luna. Los edificios descansan en la pendiente que forma diferentes mesetas ó plataformas, que por su diferente altura se dividen en tres partes distintas una encima de otra. Un muro de 24 pies de altura sostiene la parte anterior de la plataforma, lo mismo que una parte de los lados presentando una estensa cortina de 1,200 pies de longitud de norte á sud, y 1690 pies de profundidad en el este y oeste; este muro de forma irregular tiene veinte y dos ángulos de diversas magnitudes. Las piedras de que está formado son negras y mas duras que el mármol, siendo algunas muy frías, y todas de tal grandor, que difícilmente se concibe como se pudieron mover tan enormes masas: las hay de 32 pies de largo, bien que generalmente tienen de 30 á 35. Están unidas de un modo tan admirable, que en el dia despues de más de 4000 años, con gran trabajo se perciben las juntas.

El principal edificio parece haber sido un templo, el cual está situado en el centro de la mas alta meseta, y consta de una infinidad de columnas que ha valido á estas ruinas el nombre *Tcheelminar* ó *las cuarenta columnas*.

Las mesetas comunican entre sí por medio de escaleras: la primera y mas principal no está si-

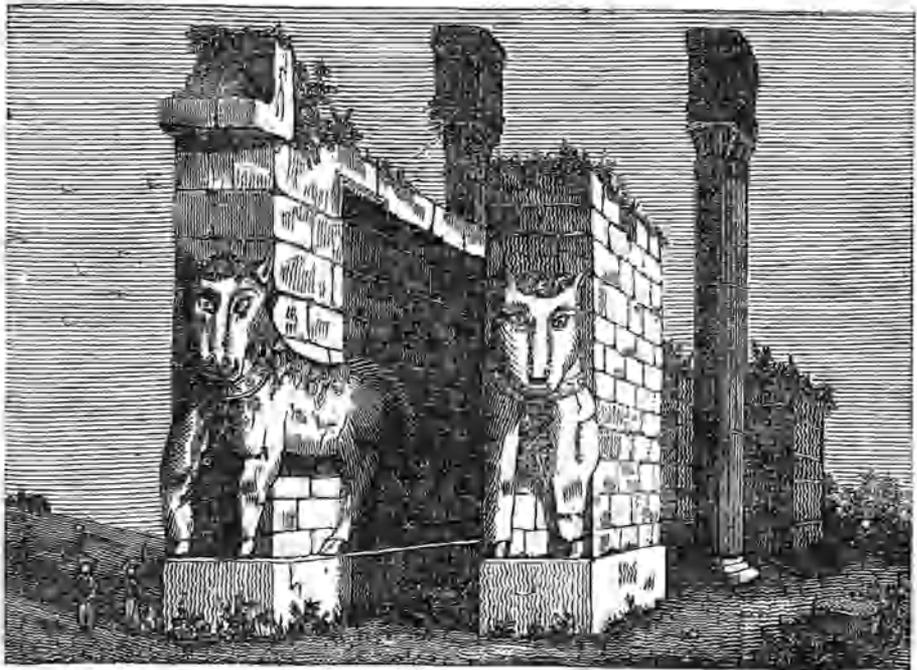
(1) En efecto, aun se conserva hoy la sepultura de Adelaida enterrada en el monasterio de Bals, de que fue abadesa su hermana.

tuada en el centro de la fachada, sino mas inclinada á la parte septentrional. La segunda, que mira al Mediodía, es mas pequeña y consta de treinta gradas que fueron antiguamente de una sola piedra. La escalera grande es doble, es decir compuesta de dos graderías que separadas en la base van á reunirse en el punto superior; su altura perpendicular es de 23 pies y algunas pulgadas y consta de ciento tres gradas ó escalones. Por ellas se sube á un átrio de 63 pies de diámetro, el cual termina en un pórtico formado de pedestales y columnas que dejan un pasadizo de 16 pies de ancho y de unos 480 de longitud. Nuestra lámina manifiesta la porción que aun subsiste, cuatro pedestales y dos columnas. Los pedestales fronteros á la gradería tienen 50 pies de diámetro, y las columnas solo distan de ellos unos 20 pies, al paso que mas de 50 pies la separan de otros dos pedestales.

Delante de cada pedestal hay una figura de medio relieve, de colosal magnitud que representa animales monstruosos. En la parte de arriba se leen inscripciones trazadas en caracteres *cuneiformes*, que por mucho tiempo harán sudar á los sabios que traten de descifrarlas. Las columnas son estriadas ó acanaladas como todas las de este monumento.

Al lado izquierdo del pórtico no se ven mas que montones de escombros. A la derecha hay

también un grande espacio obstruido por toda clase de fragmentos, el cual conduce á una plataforma sostenida por una muralla de cerca de 500 pies de longitud y de una altura que varía desde 6 pies hasta 10. Subese por tres escaleras, de las cuales la del centro tiene dos brazos como la de la primera plataforma. La parte occidental de esta muralla es lo que mejor se conserva de estos restos preciosos: presenta dos filas de bajos relieves, y otra de medias figuras que ha respetado el tiempo las cuales tienen de alto cuatro pies escasos, y cerca de una pulgada y media de relieve: obra inmensa y tan entera que parece salir ahora de manos del escultor. Los bajos relieves al parecer representan una solemne procesion: siendo de sumo interés para el anticuario, por encontrarse en ellos las armas, utensilios y trages de los antiguos persas. Despues que se ha subido por esta escalera, entrase en una vasta sala de 400 pies de largo y 500 de ancho. La parte mas inmediata á la escalera es la que mayor deterioro ha padecido, pues solo ha quedado una columna, mientras en la estremidad opuesta todas ó están aun en pie ó simplemente echadas á lo largo en el suelo. Las columnas que menos distan entre si las separa un espacio de 23 pies. Su altura es de 56 pies incluso el capitel y la base y presenta cada una 40 estriás anchas de tres pulgadas. El diámetro de los fustes es de 4 pies, siendo todos semejantes,



Restos de Persépolis.

lo que no se observa en los capiteles, pues difieren así en el estílo como en los adornos. Difícil es adivinar lo que sostuvieron estas prodigiosas columnas, ya un techo plano ó abovedado, ó en forma de cúpula; bien que la opinión mas general cree que solo sostenían las estatuas de los ídolos.

Atravesando el espacio que estas columnas ocupan, hállase una escalera adornada tambien con bajos relieves que figuran luchas de toros y la caza del leon. En el centro hay una grande inscripción. Esta escalera conduce á una tercera parte del templo, que no solo es mas alta que las demás si que es mas espaciosa que las otras dos juntas. Vense en ella grandes montones de escombros al parecer pertenecientes á distintos edificios. En la parte meridional se hallan los restos mejor conservados: y consisten en un recinto cerrado de 13 pies cuadrados, con seis puertas y doce ventanas: el espesor de estas y de los muros es en algunos puntos de 4 á 5 pies. Las ventanas elevadas unos 3 pies del suelo, tienen cerca de 6 de altura.

Gran parte de estas obras conserva aun vestigios, de bajos relieves, cuyas figuras en su mayor parte son de tamaño natural, bien que algunas presentan colosales proporciones.

Finalmente en la montaña á que están arimadas estas ruinas, aun se encuentran varios sepulcros, y habitaciones escavadas en la peña, y un pozo en muy buen estado, de cuarenta brazas de profundidad.

Tal es la descripción, aunque sumaria y muy compendiada, de lo que al tiempo y mas aun la barbarie de los hombres, nos han dejado de esa desventurada ciudad, que Alejandro entregó á las llamas en un momento de embriaguez, y que en los tiempos modernos por poco desaparece enteramente por inepticia de un gobernador. En esa época iban muchos europeos á Persia con el caracter de diplomáticos, por cuya razon, eran costeados sus viajes, y nunca se olvidaban de visitar á Persépolis permaneciendo allí algunos dias. Viendo el gobernador que esto ocasionaba un gasto considerable, exclamó en un arranque de cólera: «Váyase á los infiernos la curiosidad de estos francos ¡yo les impediré que hagan mas romerías á Tcheelmaar! Y en efecto, al punto dió orden para que se destruyese cuanto quedaba de aquellas antigüedades; pero la orden se ejecutó con bastante lentitud, pues los habitantes de la aldea sacaban gran provecho del paso de estrangeros; y al cabo el rey mandó suspender semejante destrucción.

## COSTUMBRES ANDALUZAS.

### LA FIESTA

#### A NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO.

Los usos y costumbres de los pueblos de España merecen examinarse detenidamente, porque

en ninguna otra nacion se ofrecen con mayor variedad, ni se celebran con mas fervoroso entusiasmo: el estudio de sus creencias populares forma parte del filosófico de sus hábitos, de su literatura y de todos los elementos que constituyen una individualidad nacional. El caracter especial de este pueblo tan esforzado y belicoso como el primero del mundo, cuando se encuentra llamado á defender la materialidad de sus intereses ó la independencia de sus actos, no sobrepaja en menos á los de Europa en su animacion constante, la gracia particular y festiva tan característica á la lealtad y franqueza de su corazon, como modelada á su risueña fisonomía.

Provincia tiene sin embargo en que este espíritu vivificador está representado con mayor fidelidad; y Andalucía, ese jardin delicioso, ese país clásico de las ciencias y de las artes, esclarecida cuna de tantos genios ilustres por su situacion topográfica en el Mediodia, por el templado clima que disfruta, allí donde la vegetacion se anticipa, y el alito de sus embalsamados cármenes está convidando á la bacanal y á los bulliciosos festines, nos lo demuestra con toda exactitud. Los andaluces, (aunque nos sea forzoso el elogio propio) tienen bastante acreditado su exquisita gracia y buen humor, las sales de que tanto abundan sus caprichos, para que nos detengamos en hacer su apologia. Apüestos siempre, como nacidos para dominar, sobre sus mas hermosos y enjaezados caballos, el traje airoso que visten y que á ninguna otra provincia se acomoda mas naturalmente, la franqueza de sus palabras, su generosidad escéptica, el suave eco de su ceceada prononciacion, y la facilidad con que por una inmemorial costumbre suprimen las últimas letras de los vocablos formando un dialecto que puede llamarse propio, aunque no tan estravagante como lo suponen algunos; todo en fin les constituye el atractivo de sus encantadoras paisanas, y mas de un codicioso apetito entre las elegantes notabilidades de las demas provincias del reino.

Pero contraigámonos á nuestro propósito, y á reducir á nuestros lectores al celebrado barrio de Triana en Sevilla, en época de festividad á nuestra Señora del Rocío. Señalada está en el almanaque su celebracion por la pascua de Pentecostés, y ya con doce ó quince dias de anticipacion se cita á junta general en la hermandad que lleva el nombre de la Virgen, y queda votado un mayordomo mayor que dirigirá la fiesta del año siguiente, porque hasta concluir la del actual no toma posesion de aquel cargo, lo cual se indica con la entrega del simpecado en que se encuentra la efigie, y que debe guardar con una veneracion propia del objeto que se le encomienda. Los fervorosos hermanos comienzan desde aquel momento la preparacion de su romeria, proporecionándose arrogantes jacos en que verificaria, agarejos lujosos, vestidos con que lucir sus buenas manos de rienda, abundante virtualia, y trioneras que los acompañan en ancas,

siendo un empeño que cada cual se procura, el que su pareja obtenga la palma de su buen palmito, y de sus aderezados atavíos.

La mañana del jueves que precede á la pascua ofrecen las anchas calles de la populosa Triana y sus salidas al campo á orillas del Guadalquivir, un espectáculo de interés para los extranjeros, tan amantes á las costumbres de esta pais; de animacion para los habitantes de aquel barrio, y de curiosidad para los de Sevilla, que en condensados grupos traspasan el puente de barcas, á separar por algunos momentos su imaginacion de los trabajos que les rodean, contemplando la sencillez de aquellos naturales, la alegría que indican sus sonrientes rostros al despedirse de los amigos con sus enamoradas chais, desde sus alcauzes fogosos, mientras que envuelta entre las celosías de una rentana, otra acaso llora al tañido de una guitarrilla los desvíos de su amante, y pasan las uniformes hileras de cofrades, y la prolongada serie de carretas que conducen la flor, y nata de las familias mas acostumbradas á celebrar este aniversario, y en la última de las cuales va colocada con aparato suntuoso la imagen de Nuestra Señora.

La pradera en que tiene lugar la romería, está situada en término de Almonte, condado de Niebla, á corta distancia del mar y de la embocadura del cristalino Bétis, y aun cuando solo dista de Sevilla unas diez leguas, como la estación se hace con carroage tan pesado, hasta el sábado no llegan á dicho punto. En medio de aquel estendido campo, y bastante próximo á la capilla en que se venera la Santa totelar, levántase por la hermandad una especie de tienda de campaña, donde se deposita la carreta que conduce la imagen de Nuestra Señora. Ya con la anticipacion necesaria han acudido en igual forma las hermandades de Almonte, Villamaurique, Pitas, Bepacazon, Sanlúcar la Mayor y demas pueblos comarcanos, aunque hace años han olvidado su asistencia la de la ciudad de Cadiz, y la de Sanlúcar de Barrameda, por evitar una travesía por agua. Todas conducen sus respectivos pendones, colocándolos á semejanza de la de Triana.

Curioso y sorprendente panorama se ofrece desde entonces á la vista del hombre observador, y del que se complace en estudiar las costumbres de un pueblo fanático por inclinacion á estas escenas pintorescas, con la notable visibilidad de unas quinientas carretas haciendo sus adornos y banderolas de color la incláudora zambra instrumental, y la broma de un continuado baile en que se jalean de lo lindo tantas salerosas, recibiendo por premio de sus *sarreados*, algun intermedio de *fuecho* con su atrevidillo galán, haciéndose las madres indiferentes, si el mozalvete tiene modo de vivir conocido, (porque desgraciadamente los hay en el barrio que viven de milagros) y si es caso también que no le disgustan los obsequiosos cumplidos de aquella figura de pretendiente. Allí de los apuestos ginetes saltoneando sobre la arca, ó aguijoneando los

potrigos hasta que levantados de manos, se desprenden de sus hombros el bien bordado *marsele*; que recoge antes de que bese el suelo, alguna de las individuos que flechará su corazón desde el interior de una choza cubierta de nea y descolorida palma, ó en corro de ambos sexos, al tiempo de devorar fraternalmente sobre el césped sus prevenidos manjares, empujando los dulces vinos comprados en las atarazanas del tránsito, y cuya accion de inteligencia, le proporciona un convite en la estendida verbena que rodea aquel campo, al inoportuno clamoré de las campanas de la ermita, de los turroneros y fruteros que encarecen sus mercenías, y los aterradores efectos de cohetes y ruedas de fuego disparados á cada momento.

Distraídos con una variedad tan sencilla como interesante, pasan la noche á campoabierto, confundidas todas las edades y sexos, todos los partidos y todos los pensamientos, vaporizados con el perfume que derraman las buñoleros, disfrutando en los extravagantes diálogos de aquellas castellanas nuevas, (1) y con los cantares de cada corro y cada familia. El domingo se celebran desde el mediodía las vísperas de la antigua procesion, que verifica su salida el lunes por la pradera, después de una funcion solemne, formando hilera todas las hermandades por orden de antigüedad, conduciendo los mayordomos sus pendones lojosos, y los demas hachas de cera, ante el paso de la Santa que se venera en aquella capilla, al compás de las músicas marcial y religiosa, entre el estruendo de fuegos de artificio, y las entusiasmasdas voces del pueblo que victorosa aquel sagrado nombre, en prueba de la confianza que les inspira su milagrosa imagen, y de la amabilidad con que cuentan recibes sus fervorosos votos.

Una particularidad bien notable tiene lugar durante las veinte y cuatro horas de solemidad. Hay en la inmediacion de la capilla un pozo de tan estrecha boca que apenas se puede introducir un pequeño cántaro, pero de tanta estension en su fondo, y de un agua tan especial, fresca y abundante, que no disminuye cuatro dedos durante la romería, sin embargo de que no hay por allí ningún otro surtidero, y que el número de almas que se reúne no bajará de diez mil. Cierta vecina de un pueblo inmediato, vestido de color del hábito de San Antonio, es el que se compromete á llenar en estos dias todas las vasijas sin retribucion de ninguna especie, é impulsado por una devoción que no omite á riesgo de abandonar sus mayores obligaciones. A las tres de la tarde del lunes, ya terminada la procesion, cada una de las hermandades se separa para su pueblo respectivo, y la de Triana pernócta en el hermoso palacio del Coto real llegando á su harrio bien entrada la noche del martes, dia tercero de Pascua.

Únicamente comprendiendo el carácter buli-

(1) En Andalucía llamán Castallanas nuevas al de raza gitana.

ciosa de los andaluces y su afán incesante de novedad, únicamente conviniendo en que idólatras de su hermoso suelo, de sus hermosas hijas, y de sus rancias costumbres, es el único país donde estas se reproducen á riesgo de enalesquiera sacrificio, sin que las convulsiones políticas desvirtuen su esplendor, ni las escaseces del erario ó paralizadla exportación de sus frutos su notorio gusto, solo entonces repetimos, se bosquejaría cuanta es la animación que se advierte en Triana desde algunas horas antes de divisar la procesion apetecida. No son ya sus habitantes los unicos que comparten aquellos momentos de alegría: es el inmenso pueblo de la ciudad, que allí bajo la descolorida techumbre de un coche de camino, ó sobre la mullida alfombra de un landó descubierto, espera con impaciencia; son tambien todas las clases y todas las condiciones, en miscelánea por sus anchas calles, sentados desde el anochecer sobre los limpios umbrales, ó en los bancos ó taburetes de sus casas respectivas, de sus parientes ó conocidos colgadas de damascos ó iluminadas con esmero saboreando en los intermedios la tostada avellana, y el esquisito turron de la verbena inmediata.

Pero el comensuro ha esperado en vano movido por el deseo de ocupar un sitio de preferencia; y la juventud con sus ilusiones de oro, por disfrutar algun mas tiempo en la compañía de su adorado tormento, porque al cabo el hombre obra siempre impulsado por una oculta intencion. Llega sin embargo el instante decisivo. Agitanse las campanas de las iglesias por anunciarlo; las masas de ciudadanía se estrechan y comprimen retrocediendo de su terreno conquistado; el murmullo crece; las bancas y sillones ruedan por todas partes; los inocentes parvulitos gritan porque sus padres ó amas de ceta los empujan sobre sus cansados hombros, la música que espera á la entrada de la estacion, entonz alegrés himnos, y entonces no queda duda que la procesion ha pisado las calles del barrio. Un piquete del ejército abre paso á un tamborilero que se acompaña tambien con el pito, y anuncia la ceremonia con sus destemplados instrumentos: una interminable fila de cofrades luciendo en ancas sus afealadas hembras, y la estampita de la Santa ó un adorno de flores en el sombrero, conducen hachas de viento: á estos sigue una turba á pié con velas de cera ó ramos de oliva cortados por el camino; una música de capilla, y luego una série de carretas con adornos y banderolas de color, rellenas de familias muy devotas, entonando al compás de sus bien manejadas panderetas, castañuela ó guitarra alegres cantares, cerrando el todo de la procesion aquella en que está colocada la efigie de Nuestra Señora, otra música marcial, y multitud de coches de los que salieran á recibirlos, entre los estusiasmados vivas á la Santa, y los cohetes por la estacion que habrá de recorrer hasta la casa del mayordomo moderno, en quien se deposita, para no volver á tocarla hasta al siguiente aniversario.

Entonces el inmenso pueblo, cubierto de polvo, cansado por las apreturas, y fatigado con el humo espeso de los hachones de la comitiva y candiles de los vendedores, vuelve sin embargo gozoso con la distraccion; porque tal es el carácter de los andaluces, que sobrellevan las impertinencias de una incómoda costumbre, por no borrar del catalago de las que celebran, cuanto aspire al bullicio y la curiosidad.—MANUEL MARIA DEL CÁNEO.

## ENTRADA PRINCIPAL

### DEL PALACIO DE LA EXPOSICION.

Una de las necesidades del presente siglo es el lujo, la ostentacion, el boato: así es que todas las naciones presentan una fisonomia industrial, todo se une para fomentar esa pasion tan útil para los pueblos adelantados en la fabricacion, como fatal para aquellos cuya industria se halla en lamentable estado. Todos los pueblos actuales se dirigen á un fin: *la produccion*, y desdichado de aquel que se duerma y no siga este movimiento universal que tiende á organizar la sociedad sobre las bases de la industria. Convencida la Francia de la necesidad de darla estímulo, abre annualmente una exposicion en que se ostentan mil prodigios acústicos, y se premia al mérito y aplicacion. La lámina que ofrecemos en este lugar manifiesta la portada del vasto edificio destinado á las exposiciones de que hablamos.

